



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1188

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ordinario.—Tres meses, 11 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JU. VES 4 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumarlin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LOS FESTEJOS

Buena campaña está realizando la comisión de ferias; si mediante ella no lograra dar cima al programa acordado, no tendría la culpa: ésta caería entera sobre los elementos que debiendo ayudarle en su empeño la abandonaran a sí misma.

Por fortuna no sucede así; los elementos cuyo concurso solicita, responden favorablemente, como respondieron el año anterior, y es seguro que concurrirán á la retreta con el mismo entusiasmo de siempre.

El comercio tomó parte en ella la anterior temporada, y el asunto que sirvió para exhibirse mereció generales aplausos. Lo mismo ocurrió á los mineros con su carroza artística: supieron gastar el dinero y alcanzaron espléndido triunfo.

La realidad de verdad no sabemos en qué punto se encuentran las gestiones de la Junta respecto á comerciantes y mineros; mas como nos es creible que en lo tocante á celebrar fiestas haya propósitos de empuje, por eso decimos que van perfectamente. Además, si el resultado del trabajo debe apreciarse por el empeño que se pone en cumplirlo, el que obtiene la Junta debe de ser satisfactorio puesto que ésta no se desalienta.

Lo celebramos mucho por el bien de todos; por la Junta, porque no sería justo que sus laudables y desinteresados afanes sufrieran un fracaso; por los elementos cuya ayuda reclama, que están interesados en que Cartagena; en éste como en todos los asuntos, ocupe el lugar que merece; por la población misma, porque para ella es cuestión de decoro presentarse ante los forasteros llena de atractivos; y porque no sea estéril este trabajo de la prensa local, que sueña para

el pueblo donde vé la luz grande-
zas á granel.

Por todo lo dicho hay que hacer un esfuerzo más grande que el pasado. Llegar á donde se llegó en la anterior temporada de festejos no constituye un triunfo. Hay que echar el resto para ganar de un salto las alturas á donde llegaron con sus fiestas renombradas y ferias Sevilla, Zaragoza, Granada, Valencia y demás poblaciones de primera.

Hacer lo que hacen los pueblos inferiores ningún mérito tiene. Llegar donde se debe no pasa de cumplir. Rebasar la línea de lo que los forasteros pueden exigirnos, ya sería hacer algo y á eso debemos aspirar los cartageneros si queremos conservar nuestra fama de rumbosos y espléndidos.

Manos á la obra, que ya llegará el momento de saborear el triunfo deseado.

Ya lo saben los que están en condiciones de contribuir al incremento de las fiestas. Hay que hacer un esfuerzo por el decoro de la población.

TIJERETAZOS

Según dice á un colega local su correspondiente en Madrid, el Sr. Dato ha dicho en el Congreso que las peores elecciones que se han realizado han sido las últimas de los conservadores.

El Sr. Dato es voto en la materia y su opinión no tiene réplica posible.

Como que en esas elecciones actuó de Juan Peláez é hizo lo que le pareció.

Dice El Nacional: «Aquellos los sobresaltos de carácter internacional, la gente política concentra su atención en las frusteras parlamentarias, extasiándose ante las peripecias del espectáculo tan monótono como aburrido de las Cámaras, y que tanto recuerda el que se da en los resididos de gallos.»

El parlamentarismo ya estaba por los suelos.

Pero tal y como lo pone El Nacional no

queda en situación de que nadie piense en levantarlo.

Ni siquiera el patrono del colega; que en cuestiones políticas hace verdaderos milagros.

Leemos:

Los pobres cubanos, que tan garridamente escupían por el colmillo durante la dominación española, acaban de pasar por la más tremenda de las humillaciones públicas aprobando á regañadientes ó sea bajo la presión yanqui, la Convención de Cuba, la archifamosa ley Platt.

Ya declamamos que el loro iría donde le llevarán.

A bien que eso lo hacen con los yanquis sus amigos los yanquis y algo hay que agradecer á la amistad.

Lo raro es que no hayan cumplido sus amenazas de irse á la manigua Maximo Gómez y demás corifeos.

Sin duda les ha dominado el temor de la paliza que les esperaba y han adoptado temperamentos de prudencia.

Junta de festejos

A las cinco y media de ayer tarde celebró sesión extraordinaria la Junta de festejos bajo la presidencia del Alcalde accidental Sr. Moncada, el cual citó también á los dueños de carruajes de lujo de esta ciudad, algunos de los cuales asistieron á la reunión.

Dada cuenta del objeto de la Junta, que no era otro que el recabar de los dueños citados, eficaz apoyo para realizar el festejo Batalla de flores, el Sr. Zapata manifestó que hay elementos dispuestos á vestir sus carruajes para tomar parte en tan hermoso festival; patentizándose por sus declaraciones y por los trabajos hechos de momento por la comisión de festejos en la misma sesión, que están decididos á concurrir á la batalla los señores siguientes:

- D. Rodolfo Doggio.
- Domingo Martínez.
- Santiago Andulla.
- José García.
- Julie Wandosell.
- Francisco Conesa Balanza.

Con esta base y otros elementos que se decidirán seguramente á tomar parte en la fiesta, creó la Junta que aquella se verificará con incremento.

Cómo el único asistió á tratar en el que se expuso, la sesión se dio por terminada.

UNA BODA

A las siete y media de la mañana de hoy y en la iglesia del Hospital de Caridad, se ha verificado el enlace de la bella y gentil señorita Consuelo Maestro de San Juan y Costa, hija del difunto catedrático de la facultad de medicina de la Universidad central don Aureliano, con nuestro querido amigo el joven contador de fragata D. Tomás Carlos-Roca, hijo de nuestro también amigo el Comisario de Marina de iguales nombre y apellidos; siendo padrinos la madre de la desposada, doña Carmen Costa y el padre del novio, actuando de testigos el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Prefumo, ex-gobernador de Madrid y ex-director general de Agricultura, Industria y Comercio, Excmo. Sr. D. José Pareja, Inspector de Sanidad de la Armada, D. Dámaso Hernández y D. Juan de las Mulas, tenientes coronales del arma de infantería y D. Francisco Estero, contador de navio de primera clase.

Ha dado la bendición nupcial á la feliz pareja, el virtuoso sacerdote don Alfonso Zamora.

Terminada, que ha recibido muchos y valiosos regalos de que parientes y amigos, lucía un precioso y rico traje, regalo del novio, velo blanco con las simbólicas flores de azahar y un magnífico collar de perlas de cuatro hilos, con broche de brillantes, regalo de su señora madre.

Terminada la ceremonia, la dichosa pareja, á la que de todo corazón deseamos toda suerte de prosperidades y venturas, partió para la posesión que en la diputación de Los Médicos tiene nuestro amigo D. Tomás Carlos Roca.

Reciban nuestra enhorabuena los novios y sus respetables familias.

DESDE MADRID

Sr. Director.

Muy señor mío: Madrid que como he dicho alguna vez, es tradicionalista como él solo, ha festejado sus clásicas verbenas con

sus correspondientes barraconos, sus churros y sus Tíos vivos.

Y no suponga que esto último, con su acompañamiento de chinos, quiero extenderlo á los inocentistas verbenistas madrileños.

Las verbenas, van, como todo, perdiendo carácter: la anemia que padecemos lleva sus golpes pálidos á todo cuanto nos rodea. Si ois decir á un estudiante: «En la noche á la verbera y allí monté en un tío vivo, visité dos barracas y comí y bebí churros y aguardiente y me compré un pito y... estubo de juerga hasta las dos», creeréis que el mozo en la verbera disfrutó y loqued mucho. ¡Nada de eso!

Los estudiantes de hoy toman el tío vivo con la gravedad que un lord el *slip*ing; visitan reverenciosos las barracas y comen y beben los churros y el aguardiente con mesura y pensando en tomar bicarbonato al llegar á casa.

El tipo bullicioso de la ribeteadora de fino y el cajista, el pintor y revendedor con los trapos de cristianar y manojos de pitos pa osequiar a esta; la simeta pléante y alegre de la chullita joven, rofeñada en peinadora, con el mantoncillo de flecos y mannos de flores en el pelo, en la cintura, y quizá alguna en la boca; el bravo de la fiesta, que viviendo por un «los ojos tienen verdes», y otros tantos elementos verbenescos, se fueron para no volver más.

Aun las verbenas que pudiéramos llamar de carácter se han fuleado y las plumas y las guas de aristocráticos sombreros están en mayoría. En la de la paloma, pudimos ver el año pasado más poses que desaire y gapeza. Los mantones se manejan hoy á lo Otero, no á lo señá Paca á lo Rita la maolera.

Y estas mezquindas, y estos desdibujos (perdonar la palabreja), entrañan algo que es doloroso, algo pobre que llega á todos.

Una fisa no ha cambiado, enriquecido ni empobrecido, dentro de estas fiestas: la sección de espectáculo en el ramo de confitería.

El mismo San Juan, siempre en actitud de dónive, con su dedo alzado; siempre con sus vestiduras de pelillos verdes con hilo de oro; siempre atarugado, con su sombrero castaño y su cara roja, de nariz torcida y biseos ojos; siempre el San Juan sobre un molde de perada ó de bizcocho, caminando en busca de un Juan que le entregue á las iras de un pequenuelo más ó menos destripador.

Y dejemos esto de las verbenas, que si

go y quizás la muerte. Tan sólo Lorenzo y Maryscka no sospechaban nada, aun cuando al abrir la puerta llegaban sus oídos los alidos de los elementos de condenados, auncios de desdichas.
Estaban sentados en la más estrecha de la cámara, hacia papa, donde el cabezo del beque era más sensible. El anciano mascaba un mendrugo de pan que se trajera de su casa y se había quitado por no estar ojeado del todo, se arrojaba al suelo para la noche.
A la larga, al sereno silencio que reinaba entre los pasajeros empezó á gemer.
—¿Por qué están callados los alemanes esta noche?
—¿Por qué Maryscka?
—¿Qué se dijo?—replicó su padre.—¿Qué se dijo de fiesta para ellos, ó quizás les pasa algo...
De repente un acaudalado formidable estornudo al beque, cuyos cuernos crugieron de un modo siniestro. Los cochinos de halitosa, puma maletas, que caca entre el con rudo sombrero, la llama de la lámpara se apagó apagando su vipo, reaplanton, mientras muchas voces gritaban con espanto.
—¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido?
—Nada de extraño á responder. Un choque con un viajero que se cayó, cuya pena se levantó con tanta para hundir que se acordó. Al mismo tiempo se arrojó por el suelo por las ventanillas pedruzcos de uno de los costados. arañ y cubrió de sudor.

velan atacados de alguna enfermedad infecciosa, del escorbuto sobre todo.
Pocos días hacía que los dos aldeanos polacos estaban de viaje, pero quien hubiese conocido á la blanca y sonrosada muchacha de Lipnec, no la reconociera en aquella pálida y demacrada criatura que en aquel instante estaba acurrucada junto á su padre.
También el viejo Lorenzo había sufrido mucho pues hasta aquel no se había atrevido á subir sobre el bierre creyendo que estaba prohibido. Los desdichados no podían hacerse comprender, y no sabían, en su ignorancia, lo que estaba y lo que no estaba permitido; apenas se atrevían á moverse por miedo de apartarse de su equipaje. No sólo ellos, sino también los demás emigrantes estaban sentados sobre sus maletas y baules, esparcidos aquí y allá, lo cual aumentaba el desorden y la impresión de irreflexión. Colchas y mantas de lana, vestidos, alfileros, toda suerte de trapos y utensilios caseros estaban esparcidos sin orden alguno. Algunos emigrantes masticaban tabaco, otros fumaban en pipas cortas de las cuales se levantaban nubes de humo que se estiraban por falta de salida y creaban una oscura la neograda las de la temperatura. Varias veces habían sacudidos en los ángulos, oídos, en barcos al fagrimear como satias, por que la transmisión de esta compostura les acudaba. Con todos presentían, aunque no etaratamente, el riesgo

un suave murmullo, como al hasta el mar quisiera. ezar la sacrosanta plegaria de la noche.
En tales momentos se eleva nuestra alma, recuerda la memoria cuanto ha hecho latir nuestro corazón y vuela hacia allí donde se encuentra lo que anhelamos. Lorenzo y Maryscka comprendían que no eran sino como dos hojas á la merced del viento y cosa extraña el árbol hacia el cual se sentían atraídos no se erguía en las comarcas que debían aparecer en breve ante sus ojos, sino en aquellas otras que daban á la espalda, en la Polonia siempre bella y profunda, adornada de bosques sonantes, engada por grandes rios cuyas corrientes repitan sin cesar palabras de vida y de esperanza á los que saben comprenderlas. Hacia aquella Polonia adorada iban todos sus deseos y la veían dos sus cigüeñas y golondrinas, á las pegas de los blancos palacios y de las humildes cabañas; bonos caminos sembrados de arcaes, ante los cuales los viandantes se descomponen diciendo: «¿Dónde sea el Señor? A lo cual se contesta: «Sin eterno, amén! Lo que aquellos rados corraones de campesinos no habían experimentado aún, lo sintieron entonces. Lorenzo se quitó el sombrero. El sol poniente, al ambrar sus caballos grises. Sucesivamente se oían empelados jamás oídos: «¿Cuan se resaca? El desdichado no sabía cómo explicar á su hija su impresión. El cabero dijo: